

Rafael María de Mendive y Daumy, cubano y universal

Marlene Vázquez Pérez

No es posible hablar de la Cultura Cubana, cuya Jornada conmemorativa acaba de finalizar, sin mencionar la obra magna de ese gran hombre, patriota y cosmopolita al mismo tiempo, que fue Rafael María de Mendive y Daumy. Es un acto de justicia y de gratitud que el Centro de Estudios Martianos honre su memoria, porque a él le debemos, en gran medida, el privilegio de contar, como una de las grandes fortalezas de la Patria, con la obra y el ejemplo de José Martí.

El 15 de enero de 1871 le escribía Martí a su entrañable maestro:

De aquí a 2 horas embarco desterrado para España. Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. *Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, solo a Vd. lo debo y de Vd. y solo de Vd. es cuanto de bueno y cariñoso tengo [...]* de Vd. toda el alma de su hijo y discípulo. Martí. ¹

La gratitud era una de las cualidades humanas que más apreciaba Martí, y él mismo era agradecido en extremo. No exageraba cuando así reconocía todo lo que le debía a su maestro querido, en verdad su segundo padre. Años después, ya establecido en México le decía a su amigo Manuel Mercado: “La familia unida por la semejanza de las almas es más sólida y nos es más querida que la familia unida por las comunidades de la sangre.”² Seguramente al escribir estas palabras pensaba en los años de convivencia con su mentor. Una época luminosa, donde no sólo aprendió de afectos y valores humanos, sino que fue especialmente propicia para cultivar su genio y abrir su espíritu a la cultura universal en el sentido más amplio.

De la mano de Mendive entró Martí en lo mejor del pensamiento, el arte y la literatura de su tiempo. Aquel, con la sagacidad propia del pedagogo avezado, supo ver en el niño dotes excepcionales y se dispuso a favorecer su desarrollo, asumiendo su educación como asunto propio. Estimuló su talento e inquietudes, guió sus lecturas y

¹ José Martí. Carta a Rafael María de Medive. OCEC, tomo 1, p. 49.

² José Martí, OC, t. 20 p. 30-31.

puso en sus manos sus propios libros. Si al llegar a España en 1871, cuando su primer destierro, el joven se dedicó de manera tenaz y entusiasta al estudio, aprovechando no solo lo que brindaban las aulas universitarias, sino dedicando largas horas en la Biblioteca del Ateneo de Madrid a leer a los clásicos españoles del Siglo de Oro, fue gracias al contacto auroral con ellos, acontecido en la bien provista biblioteca personal del educador habanero.

A su lado también conoció Martí de su labor de traductor, pues dominaba con perfección el inglés y el francés. Ello le permitió poner en excelente español las *Irish Melodies*, (Melodías irlandesas) de Thomas Moore, publicadas en Nueva York en 1863, las cuales seguramente fueron leídas con deleite por su discípulo más amado. También tradujo a Byron, Lamartine, y a Víctor Hugo, como bien ha estudiado Carmen Suárez León.

Este ejemplo debe haber mostrado al adolescente precoz la necesidad de dominar otras lenguas, lo cual permite el acceso y comprensión cabal de otras culturas. Vale recordar que en su afán de saberes y también como trabajo de pan ganar, Martí tradujo varios textos importantes, entre los cuales sobresale la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, entre otros. No obstante, entre los enigmas que rodean la obra de Martí está su traducción perdida del *Lalla Rookh* (1817), otra de las creaciones emblemáticas del irlandés Thomas Moore, el mismo autor que deslumbrara a Mendive. Una traducción, que según le contó a su amigo Manuel Mercado, en carta del 29 de marzo de 1889, estaba ya lista, y de la que pronto le enviaría las primicias. Luego, en 1890, le escribió a Manuel de la Cruz una extensa carta agradeciéndole de manera entusiasta sus *Episodios de la Revolución cubana*. No encontró modo mejor de corresponder al gesto del amigo que “[...] mandarle las primicias de mi traducción de Moore, en la parte que pueda conmover el corazón cubano, que es aquel de los cuatro poemas del “Lalla Rookh” donde pinta penas como las de Cuba, con el amor que él tenía a su Irlanda? El poema va traducido en verso blanco, por voluntad del editor y no por la mía [...] Pero Vd. hallará que hay versos que están como deben, puesto que restallan como

latigazos: y me les perdonará sus faltas, por el afecto con que se los envió, y porque los escribí pensando en Cuba.”³

Es el mismo amor a la libertad y a la cultura que le había inculcado su maestro, con su espíritu ecuménico y patriotismo raigal. No olvidemos que en Mendive se concentró todo un legado de saberes, de eticidad, de rebeldía, de espíritu ilustrado, de ideales de justicia social, asumido desde sus años de estudiante con José de la Luz y Caballero, y transmitido luego a sus discípulos, y muy especialmente a José Martí. Mendive fue, como ha escrito Cintio Vitier, “[...] gallardo mantenedor de las más hondas aspiraciones del patriciado cubano y del irradiante colegio de Luz.”⁴

Valgan estas ideas como homenaje agradecido a uno de los pilares de nuestra cultura, y para estimular la indagación de su obra.

³ JM:OC,t.5, p.180-181.

⁴ Cintio Vitier. *Vida y obra del Apóstol José Martí*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006, p. 14.